



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 31.

JUEVES 9 DE OCTUBRE DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripción

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 30 rs.

SUMARIO.

LA HISTORIA DE LAS FLORES, por Emilia G.—SOR MARTA MARIA: historia holandesa. (Continuacion).—EDMUNDO Y SU PRIMA. (Continuacion).—DON HUGO DE MONCADA.—RUINAS DEL INTERIOR DE ROMA, por Chateaubriand.—BALADA FINLANDESA.—EL ORANGUTAN Y EL KIMPEZEL.—LA VOZ DEL CIELO, por José María Albuerne.—LOS TRES AMIGOS, por Herder.—BIBLIOGRAFIA.—PENSAMIENTOS.

LA HISTORIA DE LAS FLORES.

El jacinto es una flor muy tempranera que los poetas fingieron haber sido antes un gentil mancebo. Cuentan que desterrado Apolo del cielo guardaba los rebaños del rey Admeto, en las márgenes del Peneo. En su desgracia buscó el hermano de Diana un consuelo en la amistad, que obtuvo del joven Jacinto, hijo del rey Picno. Jugando un día al tejo, Céfiro, celoso de la predilección que Jacinto daba á Apolo, le dirigió sobre la cabeza con su aliento el disco fulminante del dios de la luz y le abrasó. Inconsolable Apolo, convirtió á su amigo en la flor que conserva su nombre. Otros quieren que esta flor naciera de la sangre que Ajax vertió cuando vencido por Ulises se atravesó con la espada de Héctor, por haber perdido las armas de Aquiles. Los griegos creían ver sobre los pétalos de los jacintos estas iniciales, Aj.

Por su origen triste en la mitología, es el jacinto emblema del dolor; pero los filósofos antiguos, segun Celio Augusto, le consagraron á la Sabiduría, porque siendo Apolo tenido por dios de las musas y del ingenio, su amigo, abrasado con los rayos de su luz, se convirtió en flor de sabiduría, juicio y discrecion, que de sí emite suavísimo aroma de virtudes.

El jacinto nos vino del Oriente, y la jardinería europea de tal modo multiplicó sus variedades, que Apolo tendria hoy que hacer un estudio verdaderamente botánico para reconocer á su amigo. Entre todos los disfraces que el cultivo le ha puesto, son los holandeses los

mas notables y preciosos, y por eso se pagan á mas alto precio para adornar las chimeneas en los salones de invierno, sobre cuyas mesetas de mármol, vemos botellas de ancha boca obturadas con los bulbos del *Jacinto Alejandro el grande, rey de Prusia, Josefina, principe d'Orange*, y otros personajes antiguos y modernos que sin tanto poder como Apolo, nuestras floristas han metamorfoseado tambien á su placer.

Despues del jacinto no puede menos de hablarse del narciso, otras de las flores mitológicas mas tempraneras que embellecen los jardines.

Unos quieren que sea el narciso emblema de la gentileza y otros del amor propio, y ambas opiniones pueden sostenerse si apelamos á su origen fabuloso. Fue Narciso hijo de Céfis y Liriope, y tan hermoso, que enamorado de sí mismo, ni queria amar ni que nadie le amase. Muchas ninfas ardian en amor por este joven; pero él, desdeñoso, miraba con indiferencia su cariño. La desgraciada Eco, viéndose despreciada de Narciso, se secó abrasada de amor, pero pronto los dioses la vengaron, pues viniendo de caza, se miró el mancebo en las cristalinas aguas de una fuente, y no falta quien cuenta que se ahogó por acariciar á su propia imagen reflejada en el fondo de ellas, al paso que algunos dicen se consumió enamorado de su figura peregrina, que á todas horas contemplaba convirtiéndose en la flor que lleva su nombre. De todos modos vemos que el narciso puede simbolizar la hermosura ó el amor de sí mismo, el cual como dice el padre Barreira, es una necesidad que nos hace cometer graves faltas de entendimiento, conduciéndonos al desprecio de nuestros semejantes ó á una irrisión bien merecida, que como á Narciso las aguas de la fuente, ahoga nuestra petulancia y marchita otras prendas que sin ese vicio brillarian en nosotros con luz pura.

Mr. Dubós da en sus idilios un consejo á ciertas damas, que por honor de su sexo, debieran aprovechar:

Victime d'une folle ardeur
Tu peux du moins, par ton malheur,
Instruir et corriger nos belles:
Inspire un salutaire effroi
A celles qui, comme toi,
Ne savent rien aimer qu'elles.

El antiguo poeta Claudio l'Etoile, tambien hace hablar al narciso del siguiente modo:

de l'amour de moi-même
De berger que j'étais, je deviens une fleur.
¡Ah! profitez de mon malheur,
Vous que le Ciel orna d'une beauté
Puis qu'il faut que chacun aime,
Aimez un autre que vous.

La cristiandad impuso tambien el nombre de Narciso á varios hombres, y fue notable entre ellos San Narciso que vivió á últimos del primer siglo, siendo modelo de caridad y santidad. Algunos pueblos le eligieron por patron, y entre ellos no podemos menos de citar á la inmortal Gerona, que en su heroica defensa atribuyó al Santo la fortaleza de aquellos corazones españoles destinados á mostrar al universo que en su patria aun no se ha estinguido la raza de los hijos de Sagunto y de Numancia.

Como flor primaveral es el narciso una de las destinadas á adornar los altares de nuestras aldeas en Semana Santa, y algunas veces hemos visto el suntuoso monumento que por orden de Felipe II se construyó, siguiendo los planos que el célebre Herrera hizo para la edificación del monasterio del Escorial, profusamente adornado con ramilletes de narcisos que allí se conocen con el nombre de campanillas, cuyas flores se hallan con abundancia en los prados Tobares, amena localidad de aquellas sierras. Concluidos los oficios de Viernes Santo, estos ramilletes son distribuidos á los fieles asistentes, quienes los colocan despues en jarrones en las ventanas del Real Sitio, como el olivo y la palma del domingo de Ramos.

Los botánicos se han tomado la libertad de

convertir también en narcisos á Ganimedes á Hermione, Helena, Oileo, Ayax, Diomedes, Asaraco, Ileo, Tros y otros héroes de la antigüedad; pero en la historia no pueden admitirse estas licencias y así seguiremos llamando narcisos á aquellas brillantes flores cuya corola estrellada tiene una tacilla en el centro, y esmaltando de blanco y amarillo los prados en los primeros días de la estación risueña, embalsaman la atmósfera con sus deliciosos perfumes.

EMILIA G.

SOR MARTA MARIA.

HISTORIA HOLANDESA.

(CONTINUACION.)

Las tres jóvenes inclinaron las cabezas para recibir la bendición materna, y solo sus lágrimas respondieron á esta suprema despedida.

—Hermano mio,—repuso Anunciación volviéndose hacia Guillermo que tenía fijadas en ella sus miradas impregnadas de aflicción y dolor,—mucho tiempo hemos vivido juntos y siempre fuisteis para mí un amigo tierno é indulgente; gracias os doy por ello, hermano mio.

Guillermo volvió la cabeza para ocultar los esfuerzos que estaba haciendo por contener sus lágrimas, pero todo fue en vano; un sollozo se escapó de sus labios junto con su respiración y renunciando entonces á aparentar una firmeza de que carecía, dijo á Anunciación mostrando su venerable rostro, todo humedecido de lágrimas.

—No las merezco, hermana mia, nada he podido hacer en vuestro favor. Poco os he divertido en la soledad, pero os he amado, esto sí: creo, hermana mia, que vivireis aun.

Anunciación meneó lentamente su cabeza. Después de haberse despedido de todos, buscó los ojos de su marido para dirigirle sus últimas palabras, pero estas espiraron en sus labios; miróle tímidamente, tristemente, y luego cerró los ojos como para contener una lágrima pronta á caer de sus párpados.

Mad. Van Amberg se iba debilitando por momentos; la opresión la ahogaba, y cuanto mas cerca veía la muerte tanto mas experimentaba una turbación interior, que no provenía sin embargo del sentimiento de abandonar la vida. Su alma debía padecer hasta el último instante: miraba á sus hijas y luego volvía á otra parte sus ojos húmedos de llanto: el porvenir de una de ellas llenaba de amargura los últimos minutos de su vida, y no osaba pronunciar el nombre de Cristina, no osaba implorar por ella á pesar de que su corazón se desgarraba, presa de mil ideas y temores. Quería hablar y callarse, y sobre todo se negaba á sí misma en aquel instante la dulzura de dar un beso mas á la menos dichosa de sus hijas: la dolorosa violencia en que había vivido debía seguirla hasta su tumba, y moría conteniendo sus lágrimas, callando sus pensamientos. De tiempo en tiempo se volvía hacia su marido, pero este permanecía con el rostro oculto en su mano, y Anunciación no podía descubrir en él una mirada que la alentase para llorar en alta voz.

El espasmo que debía acabar con aquella frágil existencia, iba creciendo por momentos. Anunciación agonizante ya murmuraba con una voz inteligible apenas:

—¡Adios! ¡Adios!...

Ya no tenía fuerzas para dirigir su mirada, y por eso nadie habría podido decir en quién trataba de fijar sus ojos. Guillermo se acercó á su hermano, y poniéndole la mano en un hombro le dijo al oído para que solo él oyese sus palabras:

—Carlos está espirando; ¿con que no dices nada á esa pobre criatura que ha vivido á tu lado, que tanto ha padecido, hermano mio? Viva no la quisiste, pero se está muriendo, no te separes de ella de ese modo... Carlos, ¿no temes que esa mujer oprimida y maltrada por tí se lleve al cielo un resentimiento en el

fondo de su corazón? Pídelo tu perdón antes de que se vaya.

Hubo un instante de silencio. Mr. Van Amberg permaneció inmóvil.

Anunciación echada hacia atrás parecía muerta ya. De repente hizo un movimiento, se levantó con gran trabajo, se inclinó hacia Mr. Van Amberg, buscó á tientas la mano de su marido, y al tomársela inclinó su frente sobre aquella mano inmóvil, la besó, la besó de nuevo, y espiró entregando su alma á Dios junta con su último beso.

—¡De rodillas!—esclamó Guillermo,—¡de rodillas! Ya está en el cielo; pídamosle que ruegue por nosotros.

Y todos se prosternaron á los pies de la cama.

De todas las plegarias que dirigimos á Dios en esta triste vida, ninguna es mas solemne que la que sale de nuestro desolado corazón en el momento que un alma querida se marcha de la tierra al cielo, apareciendo por primera vez ante su Creador.

Mr. Van Amberg se levantó.

—Salid de aquí,—dijo á sus hijos y á su hermano,—quiero quedarme solo con mi mujer.

Todo el mundo se alejó lentamente del lecho mortuario, la puerta se abrió y volvió á cerrarse y Mad. Van Amberg muerta y su marido se quedaron solos.

Carlos Van Amberg de pie junto á la cama, miró fijamente aquella pálida fisonomía que en la calma de la muerte había vuelto á encontrar toda la hermosura de la juventud. Una lágrima que los dolores de la vida habían dejado en aquel rostro, una lágrima postrimera á que ninguna otra seguiría, brillaba en la mejilla helada de la muerta; uno de sus brazos estaba caído aun fuera de la cama, por el movimiento que hizo para tomar la mano de Mr. Van Amberg, y su cabeza también se hallaba inclinada hacia el sitio en que había besado aquella severa mano. M. Van Amberg la contemplaba, y su corazón, aquel corazón frío é impasible siempre, se enterneció por fin.

—¡Anunciación!—esclamó, ¡Anunciación!

Quince años hacía que este nombre no había salido jamás de los labios de M. Van Amberg: arrojóse sobre el cuerpo de su mujer, y tomándola en sus brazos la besó en la frente.

—¡Anunciación!—repitió,—¿no es verdad que sientes este beso de paz que te estoy dando con amor? Anunciación, mucho hemos padecido entrambos: Dios ha querido negarnos la felicidad. ¡Anunciación, te he amado siempre, desde el primer día en que te ví en España, hasta este día horrible en que te estrecho muerta contra mi corazón! ¡Oh! ¡Anunciación, mucho hemos padecido!

M. Van Amberg se echó á llorar.

—Duerme en paz, pobre mujer, y Dios te dé en el cielo el reposo que te ha faltado en este mundo.

Y acercando su mano de nuevo á los ojos de Anunciación, se los cerró.

—Ahora,—dijo,—ya no llorarás mas; tus ojos están cerrados para siempre.

Luego la tomó las manos y se las cruzó.

—Muchas veces,—murmuró,—juntaste las manos para orar; quédense juntas hasta la eternidad.

Después tomó el paño fúnebre para taparla el rostro y exclamó:

—Ninguna mirada humana, volverá á ver esa frente bendita de Dios; esa hermosa cabeza dormirá en la tierra; Anunciación, vuelves al cielo con los dones que debiste á Dios: te estoy viendo por última vez.

Y su mano dejó caer sobre Anunciación el paño que debía cubrirla: Carlos Van Amberg se arrodilló exclamando:

—¡Dios mio, Dios mio, muy severo he sido, sed clemente y misericordioso vos!

Cuando M. Van Amberg salió al despuntar el día del cuarto de su mujer, su fisonomía había vuelto á tomar su expresión acostumbrada; aquella naturaleza conmovida un momento se había domado por sí misma recuperando su

impasible serenidad. Anunciación se llevó al sepulcro el último quejido de amor, la postrimera lágrima de aquel corazón de bronce. M. Van Amberg se presentó á los ojos de todos como el dueño, como el padre inflexible, como el hombre sobre cuya frente ningún sentimiento podía marcar la menor huella. Sus hijas se inclinaron al verle, y Guillermo no quiso dirigirle la palabra; el orden y regularidad acostumbradas volvieron á reinar en la casa. Anunciación fue enterrada sin ruido y sin comitiva: salió para no volver de aquella triste morada en que su pobre alma en pena había estado agitando hasta la muerte; cesó de vivir como cesa de oírse un sonido, como pasa una nube, como se marchita una flor; en nada se conoció que ya había muerto. Si la lloraron, fue muy quedo; si pensaron en ella, no se sabe; su nombre no volvió á pronunciarse; únicamente desde entonces un silencio mayor reinó en la casa, y la mirada de Mr. Van Amberg parecía mas rígida que antes.

Cristina, aniquilada bajo el peso de su inmenso dolor, obedecía por el día á la voluntad de hierro que pesaba sobre todos los miembros de aquella familia: la pobre criatura había enmudecido; trabajaba, se sentaba á la mesa, y continuaba haciendo la misma vida que si su corazón no hubiese estado quebrantado; pero por la noche, cuando se hallaba sola en aquel cuartito donde tantas veces su pobre madre la había acompañado con sus lágrimas, gemía dejando libre curso á todos los dolorosos sentimientos que había debido enterrar en lo mas recóndito de su corazón durante el día, y llamaba á su madre, la hablaba, la tendía los brazos, y hubiera deseado abandonar el mundo para unirse con ella en el cielo.

—Venid por mí, madre mia,—la decía.—Sin vos y sin él, madre mia, no quiero la vida para nada, y desde que os he visto morir ya no tengo miedo á la muerte.

Cristina pasaba noches enteras mirando al cielo, buscando á Anunciación en el resplandor de las estrellas, en los rayos de la luna, y creyendo que iba á aparecérsele, siendo imposible que la hubiese visto por última vez: luego aplicaba el oído en medio del silencio, esperando oír su dulce voz, ¡aquella voz tan adorada! Cuando se movía una hoja con el viento, su corazón latía con violencia y exclamaba: «¡Ahí está!» pero no, el cielo guardaba en su seno el alma que acaba de recibir; ninguna sombra descendía á la tierra, y ninguna voz interrumpía, como un canto celeste, el profundo silencio de la noche.

Cristina estaba enteramente libre después de la muerte de Anunciación. Mr. Van Amberg había sin duda pensado, y con razón, que la joven no haría uso ninguno de su libertad en aquellos primeros días de luto, ó acaso había titubeado en ejecutar nuevamente, ante las cenizas calientes aun de su mujer, aquella acción que la había hecho derramar tantas lágrimas. Sea como quiera, Cristina estaba libre, á lo menos en apariencia. Las tres hermanas de luto riguroso, no pensaban en atravesar el umbral de la puerta, trabajaban juntas todo el día, junto á la ventana baja de la sala, estaban con su tío y su padre, y luego subían cada cual á su cuarto; pero durante las largas horas de aquella vida silenciosa, Cristina pensaba en su amigo, aunque no se atrevía aun á tratar de verle, porque hubiera creído oír la voz de su madre murmurando á su oído estas palabras: «Hija mia, es aun muy pronto para ser dichosa; llórame todavía sola y sin consuelo.» La joven suponía además que Herbert sabía su desgracia, y debía comprender que hay dolores en este mundo que deben guardarse enteros en lo mas profundo de los corazones, y ante los cuales deben desaparecer todos los demás sentimientos de la vida. Cristina se hallaba, pues, enteramente sometida á la voluntad de aquel que distribuía las horas del día á su manera, y trabajaba inmóvil y en silencio como sus hermanas Wilhelmina y María. Al ver aquellas tres jóvenes tan aplicadas á su labor, y sin hablar, ninguno hubiera creído que sus corazones la-

tian de un modo tan diferente, que mil pensamientos cruzaban por una de aquellas frentes juveniles, y que una de aquellas almas se ahogaba cautiva en aquella atmósfera de silencio, monótona y fría.

Una mañana, al cabo de una noche de lágrimas, Cristina se había dormido rendida de cansancio. Mil sueños tumultuosos atravesaban su mente; unas veces su madre la tomaba en sus brazos, la mecía como á una criatura para dormirla, y volaba con ella por entre las nubes, diciéndola:

—No quiero que vivas; la vida hace llorar mucho, y he pedido á Dios que murieses joven para que no vieras en el mundo tantas lágrimas como yo vertí.—Un instante después se veía vestida de blanco y coronada de flores, al lado de Herbert que le decía:—¡Ven, esposa mía; la vida es muy hermosa, mi amor te preservará de todo mal, ven y seremos felices!—Cristina se despertó de repente; un ruido sordo llegó á sus oídos, miró en torno de sí, su ventana estaba abierta y en medio del cuarto se veía una carta atada á una piedrecilla, cuyo choque contra el suelo vino á turbar el ligero sueño de la joven. El primer movimiento de Cristina fue correr á la ventana, pero no pudo distinguir á nadie; acaso una zarza se movía por el lado del río, pero sus ojos no la vieron. Al coger la carta adivinó que la letra era de Herbert, el corazón reconoce siempre la letra de la mano adorada aunque los ojos no la hayan visto nunca. Cristina echó á llorar de gozo. —¡Oh, madre mía!—esclamó, como queriendo dar gracias á su madre por el primer momento de felicidad que disfrutaba al cabo de aquellos largos días pasados en el luto y la aflicción.

(Se continuará.)

EDMUNDO Y SU PRIMA.

(CONTINUACION)

Mr. Guinguet cerró sus tijeras, saludó respetuosamente á Mr. Pause y le cedió su silla al lado del fuego.

—¿Sois vos Mr. Pause? dijo Constanza, pero vuestro teatro no se acaba en general tan temprano; no son mas que las diez.

—Es verdad, querida mía, pero esta noche hemos tenido una pieza nueva en tres actos, y el público no quiso oír mas que dos, lo que naturalmente acortó la representación.

—¿La pieza ha salido mal, tío mio? dijo Pelagia.

—Sí, querida mía.

—¿Era muy mala? preguntó Mr. Guinguet sin levantar los ojos de su tarea.

—Mala, esto es según, había algunos trozos buenos, particularmente en la instrumentación; pero mañana se ensayará otra vez y el director dice que pasará.

—¿Qué pasará?

—Sí, es decir, que será aplaudida por fuerza; lo hubiese sido esta noche si el autor hubiera recibido mas billetes como sucede con nuestros principales compositores, que no permiten que se venda ni un solo billete en la primera representación de una obra suya. Pero esta noche el director ha tenido la locura de esperar una buena acogida y ¿cuál ha sido el resultado? que la pieza ha sido mal recibida. Buen principio á fe mía; el autor se lo probó tan claramente como dos y dos hacen cuatro, diciéndole que consentía en darle sus piezas, pero que era necesario que además de pagarle mas que á cualquiera otro le sacrificara los billetes de las seis primeras noches. Este es el único medio de hacer dinero en la actualidad.

En este momento sonó la campanilla y Constanza exclamó de nuevo; ahora es Edmundo.

Un joven de sedosos cabellos entró en la habitación; un cierto aire de petulancia destruía el encanto de sus facciones bellas y regulares; sin ver apenas á las personas que se hallaban presentes, se arrojó en una silla de brazos exclamando.

—¡Es vergonzoso! ¡es infame!

—¿El qué? dijo Constanza aproximándose ansiosamente al recién venido.

—¿Habeis vuelto por vuestra nueva pieza? dijo Mr. Pause, dando pequeños golpes en la chimenea como si estuviera dirigiendo la orquesta.

—No me da cuidado mi nueva pieza; estoy pensando en mi cuadro, mi hermoso cuadro, que tiene un colorido, un estilo...

—Y bien primo mio, ¿qué?

—Que no ha sido admitido para la exposición; esta misma noche he oído la noticia.

—¿Que no ha sido admitido?

—Sí, prima mía; el talento, el genio, la inspiración decidida respecto á las artes, todo es sacrificado en estos días degenerados; solo la intriga tiene buen éxito, y recibe honores y remuneraciones. Si no estais protegido por ciertas pandillas sois rechazado; pondrán obstáculos en vuestro camino, y los disgustos os harán renunciar á una profesion en la cual vuestros triunfos hubieran aventajado bien pronto á los de todos vuestros enemigos.

—Sin embargo, amigo mio, dijo Mr. Pause, tratando de tocar en tres tiempos, el público no es una pandilla y del público dependen todos los triunfos verdaderos por mas que la pese á los periódicos que á decir verdad se les debe dar tanto crédito en las artes como en la política, y mas pronto ó mas tarde el talento prevalece pero requiere perseverancia.

—Miradme á mí; la música ha sido mi pasión y el contrabajo mi ídolo; yo escribía mis acompañamientos en una pared con un pedazo de carbon, y los escribía por todas partes. Mi padre me decía con frecuencia: «harás mucho mejor en vender lienzos que en sentarte con el instrumento entre las rodillas; tú has nacido para el mostrador y no para rascar las cuerdas del contrabajo;» pero yo sentía que había nacido para la música y perseveré; tuve un millar de disgustos; pero por último puedo decir que llegué al punto deseado y he logrado una posición aun cuando mi nombre no haya sido mencionado en ningún periódico.

Edmundo contuvo con dificultad la sonrisa de ironía que hizo moverse sus labios, y contestó:

—No tengo intención de esperar veinte y cinco ni treinta años para tener fama; vivimos en una época de rápidos progresos; debemos hacernos ricos, felices y admirados. Debo hacer lo que hacen otros; los medios no me faltan. En música me bastó una sola ojeada para comprender todas las reglas de la composición.

—¡Oh! si en efecto; hubiérais tenido buen éxito; en vuestro wals había algunas partes buenas.

—¡Piezas dramáticas! hubiera escrito una cada semana con tal que hubiera sido admitida; en cuanto á versos no hay duda que será muy difícil escribirlos cuando tantos se publican diariamente.

—Ciertamente no será difícil el hacerlos malos, pero...

—Respecto á mi pintura, vos la habeis visto Mr. Pause y decidme la verdad, ¿no era una obra buena?

—Había en ella algunas cosas buenas, dijo Mr. Pause, tocando aun el tambor con los dedos.

Edmundo se levantó y comenzó á pasearse por el cuarto, al parecer sumido en sus pensamientos. Las dos jóvenes trabajaban silenciosamente; una de ellas pensaba en su boda que estaba ahora mas lejos que nunca, y la otra en el elegante traje que había de llevar en esta ocasión. Mr. Pause estaba tambien en silencio; en cuanto á Mr. Guinguet apenas podía estarse quieto en su silla.

Edmundo recobró pronto su alegría; su frente se serenó, sus ojos brillaron y exclamó: á decir verdad hago mal en agitarme por semejante injusticia. Después de todo ¿no es una locura el trabajar y fatigarse por la adquisición de un talento que nuestros compatriotas no pueden apreciar, que ni aun reconocen y que

no sirve mas que para escitar su envidia? He estado gastando tiempo y energía, y ahora veo que el dinero es la única cosa necesaria; solo á los ricos les están concedidos los honores y aplausos.

—Sí, mi plan está formado por fin; renuncio á las bellas artes; en lo sucesivo no tendré mas ídolo que el dios de la riqueza y en su altar ofreceré mis votos. Querida prima, si no os casais con un hombre célebre, os casareis á lo menos con un millonario y tendreis carruajes, casa grande, diamantes, criados...

—¿Edmundo, Edmundo! ¿qué nuevo proyecto teneis en la cabeza?

—¡Oh! es un proyecto que saldrá seguramente bien. Estoy decidido á ser rico. ¿No vemos diariamente gentes de poco talento que hacen rápidas fortunas? Por lo tanto un hombre de talento que quiere tomarse el trabajo de alcanzarla lo hará lo mismo.

—No siempre sucede así, dijo Constanza suspirando; pero decidme primo mio, ¿son indispensables á nuestra felicidad las grandes riquezas? Tenemos lo bastante cada uno; ¿qué mas necesitamos? Yo no tengo deseo de brillar ni de eclipsar á nadie.

—Y yo querría que eclipsarais á todo el mundo; querría que todo el mundo envidiara á mi mujer; que todo el mundo dijera madama Guerval no tiene mas que espresar sus deseos para verlos cumplidos; su marido no la niega nada.—El plan que tengo en mi cabeza no puede salir mal, y pronto pondré mis riquezas á vuestros pies.

—Como queráis, primo mio; pero acordaos de que las riquezas no son esenciales para mi felicidad.

—Querría saber por qué medios piensa adquirir esa fortuna tan rápida, se dijo á sí mismo el honrado músico, moviendo su cabeza con aire de duda.

—Mr. Guinguet, ¿no quereis tratar de haceros millonarios? dijo Pelagia, mirando maliciosamente al joven empleado; de este modo os evitais el disgusto de estar en la lista de los supernumerarios.

—¡Oh, señorita! yo soy poco afortunado, ¿qué había de emprender?

La joven soltó una gran carcajada, mientras que su pobre amante bajó los ojos al suelo casi dispuesto á llorar.

—Mis buenos amigos, dijo Mr. Pause, mientras nos estamos ocupando de los grandes proyectos de Mr. Edmundo, se va haciendo tarde ¿no es mejor que nos demos las buenas noches?

—Buenas noches, primo mio, dijo Constanza levantándose y dejando á un lado su labor; ¿vendreis á verme mañana? yo lo espero así.

—Sí, querida prima, vendré sin falta, y bien pronto vereis que no soy un iluso. Venid conmigo, Mr. Guinguet.

—Estoy pronto á seguirlos, pero únicamente buscaba mi sombrero.

—Es lo mismo de siempre, dijo Pelagia, jamás sabeis qué es lo que habeis hecho de vuestro sombrero.

Mr. Guinguet sabía exactamente dónde había colocado su modesto sombrero, pero aparentaba buscarle con la esperanza de acercarse á la cruel Pelagia, pero esta le dejó desconcertado haciendo que saliera mal su pequeño plan, porque le dijo en voz alta y en tono de ironía burlesca: Mr. Guinguet si no podeis hallar vuestro sombrero mi tío os prestará un gorro de algodón de dormir.

—Ya le tengo señorita, ya le tengo, replicó el abatido Guinguet, que se adelantó con el sombrero en la mano; ¡cuánto siento haberos hecho esperar á la puerta! soy sumamente desgraciado esta noche, y soy tan...

—Buenas noches, Mr. Guinguet, me direis el resto de vuestra frase otra noche.

Y Pelagia cerró la puerta mientras que el joven la estaba haciendo aun una cortesía.

Los dos jóvenes se separaron así que estuvieron en la calle, pues el camino que tenían que seguir estaba en una dirección opuesta; pero Mr. Guinguet, sentándose á la esquina



Edmundo y su prima.—Mr. Bringuesingue propone que se juegue á la gallina clueca. (Cap. V).

frente á la casa de que acababa de salir, parecia dispuesto á permanecer allí.

—Buenas noches, mi querido Guinguet, le dijo Edmundo.

—Buenas noches, Mr. Edmundo.

—¿Pensais pasar la noche en esa esquina?

—No sé lo que hago, ¡soy tan desgraciado! ¡Ah Mr. Edmundo! vos si que sois feliz; no sabeis lo que es un amor sin esperanza; pero yo... yo adoro á una persona que no se interesa por mí, un ser cruel cuyo corazon es de piedra; algunas veces paso llorando quince días enteros, y jamás me pregunta por qué tengo encarnados los ojos.

—Asi conoceréis que es mejor dejar de llorar.

—Pero no puedo evitarlo; cuando la señorita Pelagia ha sido cruel conmigo una noche, luego que estoy en la cama suspiro y gimo toda la noche, y es de tal modo, que el vecino que está al lado de mi cuarto, ha amenazado que se quejaría al dueño de la casa porque decia que le impedía dormir.

—¡Pobre Guinguet! Buenas noches, me marchó, y toda la noche voy á estar soñando con mi gran fortuna.

Edmundo dejó á su desconsolado amigo sentado todavía en la esquina, y mirando ansiosamente las ventanas de la casa con la esperanza de ver la sombra de su amante cuando cruzara la habitacion.

—Si viniese á la ventana aunque solo fuerap por un momento, si pudiera llegarme un rayo de su luz, se decia á sí mismo.

Guinguet dió aun algunos pasos arriba y abajo, con los ojos fijos en la cuarta ventana, cuando del mismo modo que el astrónomo que estudia las estrellas no vió el hueco que habia debajo de su pie, y nuestro desgraciado amante se resbaló en el pavimento, encontrándose medio sumido en el arroyo que habia crecido con las lluvias de aquel día y de los anteriores, y como una sensacion física inesperada borra

rápidamente otra moral, Mr. Guinguet salió de su baño frio dirigiéndose en el momento á su casa sin volver otra vez los ojos hácia el cuarto de la señorita Pelagia.

III.

LOS CAPRICHOS DE LA FORTUNA.

Cuatro meses habian pasado desde la noche de que hemos hablado en el capítulo anterior; Edmundo no hablaba mas que de consolidados, de la alza y de la baja de fondos, del 4 por 100 y del precio del cambio, porque su nuevo plan de hacer fortuna estaba fundado únicamente en los fondos públicos. Habia doblado ya su pequeño capital, y se lisonjeaba con la esperanza de que su sueño dorado se iba á verificar completamente muy pronto.

El honrado Mr. Pause fruncia el entrecejo cuando oía hablar de los medios por los que trataba de enriquecerse su amigo; y Constanza, siempre amable y tierna, no permitia que se dijera ni una palabra de crítica que pudiera servir para hacer comprender á su primo que era una cosa muy espuesta; además habia empezado tan bien, habia sido tan afortunado como suelen serlo todos los principiantes jóvenes, y entonces cuando iba á casa de Mr. Pause era sumamente amable. Estas visitas eran cortas, y como la conversacion versaba principalmente sobre fondos públicos, no tenian mucho de divertidas; pero Edmundo iba vestido á la última moda, y habia alquilado un cabriolé hasta que tuviera un carruaje propio.



D. Hugo de Moncada.

Mr. Guinguet iba siempre á pie; llevaba aun su levita de color de castaña y su chaleco negro lo cual no dejaba de provocar los sarcasmos de la maliciosa Pelagia. Por fin una tarde se presentó radiante de alegría y con chaleco blanco.

—Alguna cosa extraordinaria le ha ocurrido á Mr. Guinguet, pues que ha cambiado de

uniforme, dijo Pelagia; yo creo que hasta ha charolado sus botas.

—Creo, señorita, que jamás me he presentado ante vos sino limpio y decente; siempre me limpio bien las botas antes de entrar.

—Pero decidme, qué os ha sucedido, monsieur Guinguet; estoy cierta de que será algo fuera de lo ordinario.

—Confieso, señorita, que soy muy feliz esta noche; ya no soy supernumerario y tengo mi sueldo desde el día primero de este mes.

—El primero de este mes; muy bien, eso es delicioso y ¿cuál es vuestro sueldo?

—Mil francos, señorita.

—¿Mil francos al mes?



Ruinas del interior de Roma.

—¡Ah! no, señorita, al año; para un principiante creo que es bastante.

—Teneis razon, dijo Mr. Pause que se marchaba entonces al teatro. Con esta cantidad un jóven puede estar bastante bien; no podría ir á la ópera ni comer en casa de Vefour, pero en París hay muchos modos de vivir y se puede comer bien por poco dinero.

—¡Ah, tio mio! estoy cierta de que vos no empezariáis á tener casa con 1,000 francos anuales.

—Mi querida sobrina, añadió este, yo conocí á un escribiente que no tenia mas que quinientos francos al año y mantenía á su mujer y á cuatro hijos, conservándose sin deber nada á nadie; es verdad que no tenia muy buena reputacion.

El pobre Guinguet no se atrevia á pronunciar ni una palabra mas. Se habia figurado que cuando tuviera sueldo, Pelagia le trataria con menos crueldad, pero esta esperanza ha-

bia salido completamente fallida. Sin embargo, Mr. Pause le alentó diciéndole al darle un apretón de mano.

—Os doy la enhorabuena, amigo mio, os la doy sinceramente porque á mi modo de ver, mil francos anuales con seguridad, valen mas que dos mil de perspectiva. Buenas noches, amigo mio, buenas noches; tengo que acompañar un melodrama esta noche y os aseguro que hay en él algunas cosas buenas.

DON HUGO DE MONCADA.

Don Hugo de Moncada nació de una ilustre y antigua familia de Cataluña, y acompañó durante su juventud al rey de Francia Carlos VIII, en su expedición á Italia. Rota la alianza de D. Fernando el Católico con el monarca francés, se adhirió al partido de los Borgias, sobrinos del papa Alejandro VI, pero cuando

después del fallecimiento de este se declaró Cesar Borgia por los franceses, pasó al ejército español comandado por Gonzalo de Córdoba, llamado el *Gran Capitán*. Terminada la guerra en Italia se distinguió contra los piratas de las costas de Africa, á los cuales derrotó varias veces. Su valor fue premiado con el priorado de Mesina, y Carlos V para recompensarle le nombró virey de Sicilia.

En 1524 quedó Don Hugo hecho prisionero por Andres Doria, en las costas de Génova, y no obtuvo la libertad hasta que se concluyó un tratado, que se llamó de Madrid.

Habia formado el papa Clemente VII parte de la liga establecida entre los Venecianos y Francisco I, para restablecer á Francisco Sforzia en el ducado de Milan; pero Moncada, que se hallaba al frente de un considerable cuerpo de tropas, avanzó hácia Roma, se apoderó de ella sin resistencia, obligó al papa á refugiarse en el castillo de San Angelo, y abandonó al pillaje

el palacio del Vaticano, en cuyo recinto se encuentran las iglesias de San Pedro y San Pablo.

Paulo Jovio, historiador de aquel tiempo, atribuye á la venganza celeste por estos acontecimientos, la muerte de Moncada, ocurrida dos años después, en 1528, en el combate naval de Capo-d'Orfo, cerca del golfo de Salerno, en que Filipino Doria alcanzó victoria sobre la escuadra imperial que mandaba Moncada.

RUINAS DEL INTERIOR DE ROMA.

El que se ocupe exclusivamente en el estudio de la antigüedad y de las artes, y el que no tenga ya lazos que le ligan á otros países, debe morar en Roma. Allí hallará para su sociedad una tierra que le nutrirá de útiles reflexiones y llenará su corazón, y paseos que le dirán siempre alguna cosa. La piedra que huelle con sus plantas le evocará recuerdos, el polvo que el viento eleve al cruzar este suelo, encerrará alguna grandeza humana. Si es desgraciado, si ha unido las cenizas de los que amó á tantas cenizas ilustres, ¿con qué encanto no pasará del sepulcro de los Escipiones al último asilo de un amigo virtuoso, de la encantadora tumba de *Cecilia Metella* al modesto ataúd de una mujer infortunada! Podrá creer que aquellos manes queridos se complacen en vagar en torno de aquellos monumentos, con la sombra de Cicerón que llora aun á su querida Julia, ó la de Agripina, ocupada aun de la urna de Germánico. Si es cristiano ¡ah! cómo podrá sustraerse á aquella tierra que se ha hecho su patria, á aquella tierra que ha visto nacer un segundo imperio, santo ya en su cuna, y mas grande en poder que el que le ha precedido, á aquella tierra donde los amigos que hemos perdido duermen con los mártires en las catacumbas, y vigilados por el ojo del padre de los fieles, parecen deben ser los primeros en levantarse de su polvo, y parecen tambien mas cercanos á los cielos!

Aunque Roma vista interiormente ofrece el aspecto de la mayor parte de las ciudades europeas, no obstante conserva aun un carácter peculiar: ninguna otra ciudad ofrece á la vista y á la consideracion del filósofo semejante mezcla de arquitectura y ruinas, desde el Panteon de Agripina á las murallas de Belisario, y desde los monumentos traídos de Alejandría hasta el cimborrio elevado por Miguel-Ángel. La belleza de las mujeres es otro rasgo distintivo de Roma: recuerdan por su porte y continente las Clelias y Cornelias, y se juzga ver las estatuas de Juno y Palas descendidas de sus pedestales, paseando al rededor de sus templos. Por otra parte se halla en los romanos ese *tono de carnes* al que han dado los pintores el nombre de *color histórico* y emplean en sus cuadros. Natural es que hombres cuyos abuelos han representado tan gran papel en la tierra, hayan servido de modelo ó tipo á los Rafaeles y Dominiquinos, para representar sus personajes históricos.

Otra singularidad de la ciudad de Roma son los rebaños de cabras, y sobre todo aquellas yuntas de grandes buyes con enormes cuernos, recostados al pie de los obeliscos egipcios, entre los restos del Foro y bajo los arcos por donde pasaban en otro tiempo para conducir al triunfador romano á aquel Capitolio que Cicerón llamaba el *Consejo público del universo*:

Romanos ad templum Deum duxere triumphos.

A todos los rumores comunes á las grandes ciudades, se une el ruido de las aguas que se escucha por do quiera, como si se estuviera al lado de las fuentes de Blandusia ó de Egeria. De lo alto de las colinas encerradas en el recinto de Roma, ó de la estrechidad de muchas de sus calles, se descubre la campiña en perspectiva, confundiéndose la ciudad y los campos de una manera altamente pintoresca. En invierno, los tejados de las casas están cubiertos de yerbas como las cabañas de nuestros aldeanos; y todas estas diversas circunstancias contribuyen á dar á Roma cierto aire rústico perfectamente de acuerdo con su historia: sus primeros dic-

tadores manejaban el arado: debió el imperio del mundo á labradores, y la mayor parte de sus poetas no se desdénaron de enseñar el arte de Hesíodo á los hijos de Rómulo:

Aseræumque cano romana per oppida carmen.

Respecto al Tiber, que baña con sus aguas esta gran ciudad y que comparte la gloria con ella, su destino es altamente singular. Pasa por un ángulo de Roma como si no existiese; nadie se digna dirigirle una mirada, nadie habla de él, nadie bebe de sus aguas, sirviéndose solo de ellas las mujeres para lavar; piérdese entre las mezquinas casas que le ocultan, y corre á precipitarse en el mar, avergonzado de llamarse *el Tevere*.

Las ruinas presentan diversos caracteres, segun los recuerdos que á ellas están anejos.

En una tarde apacible de julio me senté en el Coliseo en la grada de uno de los altares consagrados á los dolores de la Pasión. El sol, próximo á su ocaso, derramaba corrientes de oro por todas aquellas galerías donde en otro tiempo pululaba el torrente de los pueblos; fuertes sombras salían al mismo tiempo del fondo de los palcos y de los corredores, ó caían en la tierra en anchas fajas negras. Desde lo alto de los macizos de la arquitectura, descuñí entre las ruinas del lado derecho del edificio, el jardín del palacio de los Césares, con una palmera, al parecer colocada de exprofeso, en aquellos restos para los pintores y poetas. En lugar de los gritos de júbilo que exhalaban en otros días unos espectadores feroces al ver desgarrar á los cristianos por los leones, se oían solo los ladridos de los perros del eremita que custodia aquellas ruinas. Pero tan pronto como el sol desapareció del horizonte, la campana de la cúpula de San Pedro resonó bajo los pórticos del Coliseo. Aquella correspondencia establecida por los sonidos religiosos en los dos monumentos mas grandes de la Roma pagana y de la Roma cristiana, me causó una viva emoción: yo pensaba en que el edificio moderno se desplomaría como el antiguo; juzgaba que los monumentos se suceden como los hombres que los han elevado; recordaba en mi memoria que aquellos mismos judíos que en su primera cautividad trabajaban en las pirámides de Egipto y en las murallas de Babilonia, habían edificado aquel enorme anfiteatro en su última dispersion. Las bóvedas que repetían los sonidos de la campana, eran la obra de un emperador pagano señalado en las profecías como destructor final de Jerusalem. Estos son asuntos de meditacion bastante elevados: ¿quién creará que una ciudad donde semejantes efectos se reproducen á cada paso no sea digna de verse?

CHATEAUBRIAND.

BALADA FINLANDESA.

—¿Por qué las manos tienes,
hija, tan rojas?
—Es que cogiendo estuve,
madre, amapolas.
—¿Por qué la boca tienes
tan encarnada?
—Es que comiendo estuve,
madre, granadas.
—¿Qué tienes, que tan pálido
tu rostro veo?
—Madre, es que mi esperanza
por siempre ha muerto.
Un mancebo gallardo
me encontró sola,
y al estrechar mis manos
las puso rojas.
¡Ay de mí! con un beso,
madre del alma,
con un beso mi boca
puso encarnada.
Y si ahora está mi rostro
tan triste y pálido,
es que el traidor por otra
ya me ha olvidado.

EL ORANGUTAN Y EL KIMPEZEI.

II.

Se sabe que figuró el orangutan en la historia de Alejandro Magno; ahora veremos al kimpezei en la historia de los cartagineses; y de ambos casos sacamos la consecuencia de que antiguamente fue la especie mucho mas numerosa en individuos que en la actualidad, y que se extendía por la costa occidental del Africa hasta las faldas del Atlas.

Trescientos treinta años antes de Jesucristo los cartagineses, al mando de Hannon, abor-daron á una isla del Africa occidental. Observá-bales una muchedumbre de monos que los cartagineses tomaron por enemigos y les dieron una carga. Entonces se observó que dichos monos no se defendieron de sus agresores en campo raso, sino que ganaron precipitadamente unas alturas, desde donde se defendieron con denuevo á pedradas. Solo pudieron hacerse dueños los cartagineses de tres hembras; las cuales lucharon con tal encarnizamiento, que fue imposible conservarlas vivas. Hannon, que las tomó por mujeres salvajes velludas, mandó desollarlas y llevar las pieles á Cartago. (*Hannonis periplus*, pág. 77, edicion de 1674). Colocáronlas en el templo de Juno, donde dos siglos después aun las hallaron los romanos cuando conquistaron la ciudad. Es muy probable cuanto los antiguos refieren de los Sátiros, Faunos, Silvanos y otras deidades silvestres, deba su origen á la mal conocida historia de estos animales: probables mente pertenecía á uno de estos la piel de Sátiro que San Agustín dice haber visto en Roma.

Segun todos los viajeros aseguran, el orangutan puede hacer los mismos servicios que un negro: en Loango se vió á una hembra ir á buscar agua con un cántaro, por leña al bosque, barrer, hacer la cama, dar vueltas al asador, etc. Habiendo enfermado, un cirujano, le dió una sangría y le salvó la vida. Al año siguiente una fluxion de pecho la obligó á guardar cama otra vez; y al ver entrar al mismo cirujano le alargó el brazo é hizo seña de que la sangrase.

Es imposible ver por vez primera al kimpezei sin quedar sorprendido de su grande semejanza con el hombre, no solo en las formas sino en los gestos, actitudes, y hasta en algunos de sus hábitos: así es que todos los nombres que se le han dado son la espresion de esta misma idea. Ya le han llamado *pongo*, nombre con que los negros designan un gran *fetiché* ó especie de genio de los bosques; en otras partes le han dado el de *cojas morros* ó *quojas morau*, que en la lengua de Angola significa hombre de los bosques; en el Congo le denominan *enyoko*, nombre desfigurado por Buffon, que en la lengua del país es el imperativo del verbo callarse: «*enyoko*, cállate.» Fácilmente se conocerá el origen de esta denominacion cuando se sepa que los negros del Congo creen que, si el kimpezei no habla es por temor de que le esclavicen y le obliguen á trabajar. Pero todos estos no son mas que epítetos que acompañan á su verdadero nombre *kimpezei*, por el cual es conocido de todos los naturales de la costa de Guinea: el viajero Lecat lo modificó llamándole *quimpezei*, y Cuvier *chimpanzé* ó *chimpanci*.

No hace muchos años que los parisienses iban de tropel al jardín á ver á *Jacqueline*, hembra joven perteneciente al género de que hablamos; era mansa, bondadosa y acariciadora; conocía perfectamente á las personas que iban á visitarla, y acariciábalas mas que á otras. Cuando la contrariaban, sollozaba como un chiquillo, se retiraba á un rincón y se ponía mohina por un rato; pero su rabieta cedía á la menor demostracion de afecto, se enjugaba las lágrimas y volvía sin rencor al lado del que la habia contrariado. No obstante ser muy joven, pues que solo tenía dos años y medio, se hallaba muy desarrollada en inteligencia.

Tenía *Jacqueline* un perro y un gato, que quería en extremo, y los mimaba en términos de hacer que durmiesen con ella en su cama

uno á cada lado: con todo, supo conservar sobre ellos la superioridad que le daba su mayor inteligencia, y cuando lo creia oportuno los castigaba con rigor para que la obedeciesen ó para obligarles á vivir en paz. La pobre Jacqueline acostumbraba á lavarse todos los dias la cara y las manos con agua fresca, lo cual unido á los rigores de un clima muy distinto del africano, le ocasionó probablemente la enfermedad de pecho que la hizo sucumbir. Jacq, el orangutan su antecesor en el Jardin, lo mismo que otros de su género que vivieron en casa de Buffon y de la emperatriz Josefina, murieron del mismo mal.

Veamos ahora el kimpezei en estado salvaje: casi siempre que los viajeros los han encontrado, ha sido el macho junto con la hembra; de lo que puede deducirse, á ejemplo de ciertos naturalistas ingleses, que es monógamo, y que no muda de hembra. En el suelo anda de pie apoyado en un palo que le sirve de arma ofensiva y defensiva; tambien arroja piedras con suma destreza para rechazar los ataques de los negros ó para atacarlos cuando se atreven á penetrar en los desiertos que habita. Estos animales se reúnen en grupos en lo mas espeso de los bosques, y tienen la habilidad de construirse chozas de enramada para abrigarse del sol y de la lluvia. De esta manera forman una especie de tribus que se prestan mútuo auxilio para rechazar á los hombres, elefantes y fieras; y si en estas refriegas alguno de ellos sale herido de flecha ó de bala, sus compañeros sacan el proyectil de la herida con mucha destreza, la curan con yerbas masticadas, y la vendan con tiras de corteza.

Pero lo mas particular de estos animales y que denota bastante grado de inteligencia consiste en dar sepultura á sus muertos: tienden el cadáver en una escavacion hecha en la tierra, y lo cubren luego con piedras, ramas, hojas y espinas, para impedir que las hienas y panteras vayan durante la noche á desenterarlo. Hé ahí un hecho que supone casi un pensamiento.

El kimpezei se retira á sus chozas en las noches tempestuosas; y cuando está enfermo, como en cualquier otro caso, duerme en los árboles. La hembra ama en extremo á su hijuelo, lo acaricia sin cesar, y lo mantiene siempre muy limpio: comunmente lo lleva en brazos como las amas, cuando solo tiene que andar cortas distancias; pero al emprender un largo camino lo coloca á las espaldas, donde él se agarra frecuentemente con las manos y los pies lo mismo absolutamente que los negritos. No lo separa de su lado hasta mucho después del destete; pero cuando ya es bastante robusto para defenderse y bastante diestro para buscar el alimento, el macho lo despidе lejos de su compañía.

Tiene el macho una viva adhesión á la hembra; y si al estar en su compañía se presenta uno ó mas hombres, al punto se arma de un palo ó se provee de piedras, se planta de pie á esperar, y en esta amenazadora actitud aguarda á que la hembra se haya alejado: entonces huye él tambien del peligro.

Aun concediendo gran parte de exageración á las relaciones de los viajeros, siempre resulta que el kimpezei es el animal mas inteligente. Si se examinan las proporciones del orangutan de Africa, en relacion con el tronco y los miembros, se verá que ofrecen menos irregularidad ó desproporcion que en los orangutanes de Asia, y se acercan mas á las del hombre. «Los brazos, por ejemplo, dice Lesson, no tienen aquella excesiva largura que los del orangutan, pues llegan solamente á las caderas. Si las manos tienen una dimension mas grande, los pies en cambio son mas cortos; pero los pulgares de los pies son los que se separan singularmente de los otros dedos, á los que superan además en fuerza y en tamaño. Los pulgares de las manos son con todo tan pequeños que se terminan en frente de la línea de donde parten las falanges de los otros cuatro dedos. Agréguese á estos caracteres generales una cara larga y desnuda, labios gruesos, y se

tendrá bajo este concepto una aproximación mas completa. Las orejas, en cuanto á su disposición general, son análogas á las del hombre: el cartilago que forma el pabellon está muy desarrollado, es delgado, tiene un borde, y está pegado á las sienes. La cabeza es redonda; pero cuando los tegumentos revisten la cara, no aparece esta esfericidad á causa de lo saliente del arco orbitario superior. El ángulo facial medido sobre estas crestas, da 60 grados, y deduciendo el borde superciliar 50. La nariz es achatada, abierta, bastante arremangada, y situada á una distancia media de los ojos y los labios. La base de cada fosa nasal es mas ancha que en los orangutanes, cuando el cráneo está despojado de los tegumentos que lo cubren. Se le cuentan siete vértebras cervicales, trece dorsales, cuatro lumbares, cuatro sagradas y cuatro cocigianes en la columna vertebral. La forma de las vértebras dorsales es perfectamente análoga á la del hombre; con todo hay dos supernumerarias que dan igualmente ligazon á dos costillas de mas, que elevan á 14 en lugar de 12 el número de estos huesos protectores del torax. Esta circunstancia anatómica es de una alta importancia, porque marca una diferencia esencial respecto del hombre, con quien han querido emparentarlo algunos naturalistas.

La cara del kimpezei está desnuda, ó á lo mas tiene algunos pelos ralos y poco visibles, mas espesos en la barba y en los lados de la cara formando patillas. Los ojos son pequeños, llenos de viveza y de espresión; su mirada en estado de cautividad, espresa la inquietud, rara vez pasiones rencorosas. Las regiones superiores del cuerpo están cubiertas de pelos negruzcos, muy ásperos, todos iguales, excepto en los hombros, donde tienen hasta dos pulgadas. Todas las partes internas de los miembros, el pecho y el vientre, están casi desprovistas de este órgano accesorio, y la forma del vientre, por su amplitud y aplastamiento recuerda completamente el del hombre. Si las manos son velludas por encima, su interior está completamente desnudo. Un abultamiento de los músculos gemelo y soleario forma pantorrillas bastante llenas. Sus miembros, en continuo ejercicio en el seno de los bosques, adquieren aquella agilidad y fuerza que han hecho temibles, á los negros de Africa los individuos adultos de aquella especie de monos grandes.»

Pero no se dé demasiado valor á estas semejanzas que hace notar uno de los que han tratado de enaltecer este animal hasta el nivel del hombre. «Ahora, dice Buffon, para que se pueda juzgar todavía con mas conocimiento sobre su naturaleza, vamos á esponer tambien las diferencias que la separan de la del hombre. Difiere del hombre á lo exterior en la nariz, que no es prominente; en la frente, que es demasiado corta; en la barba, que no es elevada en su base; en las orejas, proporcionalmente demasiado grandes; en los ojos, demasiado cercanos uno á otro; y en el intervalo que hay entre la nariz y la boca, por su demasiada estension: estas son las únicas diferencias que hay entre la faz de este orang y el rostro del hombre. El cuerpo y los miembros difieren en que los muslos son proporcionalmente demasiado cortos, los brazos muy largos, los pulgares demasiado pequeños, las palmas de las manos demasiado prolongadas y estrechas, y los pies formados mas bien como manos que como pies de hombre.

En lo interior, esta especie difiere de la humana, en el número de las costillas, pues el hombre solamente tiene 12, y el orang 13, tambien las vértebras del cuello son mas cortas, los huesos de la pelvis mas estrechos, las caderas mas aplastadas, y las órbitas de los ojos mas hundidas, y carece de apófisis espinosa en la primera vértebra del cuello. Los riñones son mas redondos que los del hombre, y los uréteres de diferente figura, como tambien la vejiga y la vesícula de la hiel mas estrechas y mas prolongadas. Todas las demás partes del cuerpo, de la cabeza y de los miembros,

tanto exteriores como interiores, son tan perfectamente parecidas á las del hombre, que no se las puede comparar sin asombro y sin admirarse de que de una conformación tan igual, y de una organización absolutamente idéntica, no resulten iguales efectos. Por ejemplo, la lengua y todos los órganos de la voz son lo mismo que en el hombre; y sin embargo el orang no habla: el cerebro es absolutamente de la misma forma y proporción, y con todo no piensa. ¿Cabe prueba mas evidente de que la materia sola, aunque perfectamente organizada, no puede producir el pensamiento, ni tampoco la palabra, que es su signo, á menos que no sea animada por un principio superior? El hombre y este animal son los únicos que tienen nalgas y pantorrillas, y que por consiguiente están formados para caminar derechos; los únicos que tienen ancho el pecho, planas las espaldas, y formadas igualmente las vértebras; los únicos cuyo cerebro, corazón, pulmones, hígado, bazo, pancreas, estómago é intestinos son absolutamente iguales; y los únicos que tienen apéndice vermicular en el *cæcum*. En fin, el orang se semeja mas al hombre que á ningun otro animal, y mas aun que los babuinos y los micos, no solo por todas las partes que acabamos de indicar, sino tambien por lo ancho del rostro, por la figura del cráneo, de las mandíbulas, de los dientes, y de los demás huesos de la cabeza y de la faz; por el grueso de los dedos y del pulgar; por la figura de las uñas: por el número de las vértebras sacras y de los lomos; por el de los huesos del coxis; y en fin por la conformidad en las articulaciones, en el tamaño y la figura de la rótula, en la del esternon, etc.; de suerte, que comparando este animal con los que mas se le semejan, como el magote, el babuino ó el mico, se hallará que todavía tiene mas conformidad con el hombre que con estos animales, cuyas especies parecen, sin embargo, tan cercanas á la suya, que á todos se les ha designado con el mismo nombre de monos. Por esto merecen disculpa los indios de haberle asociado á la especie humana con el nombre de *orangutan* (*hombre silvestre*), pues en la figura corporal se parece mas al hombre que á los demás monos, y á cualquier otro animal.

LA VOZ DEL CIELO.

Nunca abrió el nuevo día
mas frescas rosas
que las que en su sonrisa
abre tu boca,

Ni como en ella
cuajó el prado en rocío
mas blancas perlas.

Nunca la palma airosa,
reina del Africa,
igualó de tu talle
la gentil gracia,

Ni el sol naciente
la luz serena y pura
de tu alma frente.

Corona de belleza,
risueña aurora
que de arboles claros
hace en las ondas,

La voz del cielo
del campo entre las galas
guardan los ecos.

Su temprano capullo
las flores abren,
al beso de las auras
primaverales;

Pero en la sombra
cuando la noche cierra
cierran sus hojas.

Si cual las frescas rosas
viven las niñas
del alborada alegre
entre las brisas,
¡Ay de las flores
que su corola abierta
dejan de noche.

JOSÉ MARIA DE ALBUERNE.



El Kimpezei.

LOS TRES AMIGOS.

No te fies de amigo alguno que no le hayas probado. Amigos, hay muchos en la mesa del banquete pero pocos, ó acaso ninguno, en la puerta de la cárcel.

Un hombre tenía tres amigos, de los que quería muchísimo á los dos; pero el tercero le era indiferente, aunque era el que á él mas le quería. Un día fue demandado ante el tribunal para responder á unos cargos que, sin fundado motivo, se le hacían. «¿Cuál de vosotros, dijo, quiere acompañarme y atestiguar mi inocencia? Se me ha hecho un cargo muy grave, y el rey está airado conmigo.»

El primero de sus amigos se disculpó desde luego, diciéndole que sus muchos quehaceres no le permitían acompañarle. El segundo le acompañó hasta la puerta del juzgado; pero llegado allí, le volvió la espalda, y se fué otra vez para sus negocios, porque tuvo miedo de presentarse ante el airado juez. El tercero, con quien él menos había contado, se metió dentro con él, habló en su defensa, y atestiguó su inocencia con tantas veras, que el juez le absolvió, y hasta le hizo un regalo!

Tres amigos tiene el hombre en este mundo, pero ¿cómo se portan en la hora de la muerte, cuando Dios le llama á su tribunal supremo? El dinero, que es su mejor amigo, es el primero que le abandona, y no va con él. Sus parientes y amigos le acompañan hasta la puerta del sepulcro, y se vuelven luego á sus casas. El tercero, de quien tan poco aprecio hizo por lo mas en vida, son sus buenas obras. Nuestras buenas obras nos acompañan hasta el trono del juez, van delante, hablan por nosotros y alcanzan misericordia y gracia.....

HERDER.

BIBLIOGRAFIA.

OBRA PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

LOS MISERABLES,

POR

VÍCTOR HUGO

TRADUCCION

DE D. NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

Edicion adornada de preciosas láminas ejecutadas por los mejores artistas.

Apenas se anunció en el extranjero la última producción de Victor Hugo, se tuvo ya por un verdadero acontecimiento literario.

Al publicarse la primera parte, los escritores de todas las naciones se apresuraron á examinarla y á emitir sus juicios sobre ella.

Publicada la última parte y juzgada ya por todos los escritores, el juicio unánime de cuantos rinden culto al genio y á la belleza, conviene en que *Los Miserables* como obra de estilo es sublime, como composición delicada y bellísima, como drama, de lo mas interesante y patético, como colección de cuadros sociales, de lo mas acabado y perfecto, y como libro dedicado á hacer pensar, de lo mas filosófico que ha salido á luz en esta época.

Deseosos siempre de aumentar el catálogo de nuestras obras con las que el ingenio humano produce mas importantes, no hemos cesado hasta estipular un contrato con la empresa *Las Novedades* (que tiene el privilegio esclusivo de la edición española) para hacer la única edición ilustrada que se publicará en España y en los dominios españoles.

Esta edición será tambien la primera que salga adornada de láminas, en un todo dignas

de la grandeza del testo, como ejecutadas por los artistas de mas nombradía y habilidad.

Las condiciones de la suscripción se publicarán cuando salga á luz el prospecto.

Comenzará la publicación en octubre próximo y se dará por entregas y con celeridad.

Los que deseen tomar ejemplares por su cuenta pueden dirigirse con anticipación á los editores Gaspar y Roig, calle del Príncipe, número 4.

PENSAMIENTOS.

No hay absurdo que no haya ocurrido á algun filósofo.

Ciceron.

Quien alimenta los estraños, destruye los propios.

Inscripcion antigua de Palermo.

Si dudas, calla.

Zoroastro.

Los preceptos del derecho son estos; vivir honradamente, no perjudicar á nadie y dar á cada uno lo que fuere suyo.

Ulpiano.

No dejes vuestras liberalidades para la hora de la muerte: el que lo hace así, da mas bien lo que pertenece á otro hombre, que lo suyo propio.

Aretch.

La vida es semejante á la aceituna, un fruto amargo que sometido al poder de una fuerte presión produce el mas suave bálsamo.

Federico Richter.

Por todo lo no firmado J. GASPAR,
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. —Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. —Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, Pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.